

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

POSTALES DE ALGUNOS LOCOS

No sabía como había llegado ahí. Ni siquiera recordaba nada de su pasado. Lo cierto que estaba allí dentro de ese extraño cuarto, de paredes pálidas, con un poco de humedad, y aquella única puerta de madera.

Miró a su alrededor, y entre dudas y preguntas acerca de su existencia, se sintió perseguido, atrapado, con ganas de regresar a la realidad que tampoco recordaba.

- Qué mierda hago acá? – se dijo por enésima vez, y caminó hasta la puerta. Intentó abrirla pero no pudo.

Se volvió mudo a su lugar en el rincón, para otra vez observarlo detalladamente. Por más que intentaba comprenderlo, todo era extraño. Parecía ser que la lógica y la realidad convivían en paralelo a él, y eso lo había mantenido horas y horas, girando en círculos.

De repente, de la nada volvió a caer otro trozo de papel.

Hacía un rato había sucedido lo mismo con otro pedazo, el cual tenía ciertas inscripciones, pero después de levantarlo, éste desapareció de la palma de su mano.

Se acercó al nuevo trozo, se agachó, lo tomó. Se dispuso a leerlo apresurado antes que suceda lo mismo.

Se acercó a la pared de su cuarto y respiró entrecortadamente, como siempre lo hacía, sobre todo cuando llevaba aquellas cucarachas en la mano. A su alrededor, el desorden, la mugre, todo destrozado y descontrolado.

Apoyó la cucaracha casi muerta contra la pared, junto a la hilera de las otras cucarachas, y la atravesó con un clavo que martilló.

Jadeó.

Cuando retrocedió, miró su hermoso "mural" de cucarachas muertas, coleccionadas en toda la maldita e inmensa pared.

Y cada una de ellas llevaba un nombre simbólico, coincidentemente con el de las mujeres que había conocido y mantenido algún tipo de relación sentimental.

Giró sobre si mismo, y se lanzó a la cama renegrida, una vez más para creer que cada una de ellas eran las culpables de su fin, aquel fin entre la mugre, después de brindarse para que lo hieran y enloquezcan.

- Por culpa de ustedes... - acostumbraba a compadecerse desde el día que decidió abandonarse y dejarse morir. – Por culpa de ustedes...

Soltó el papel al piso. Esas palabras no tenían ningún sentido. No entendía de quién hablaban, y el por qué retratar esos hechos. No entendía aquella historia, aquel personaje, aquel papel, aquel encierro, ni a él mismo.

Devoró una uña, mirando a un lado y otro. Parecía sereno, pero por dentro crecía en desesperación.

Fue cuando otro papel cayó de la nada.

Tenía 40 años, el pelo corto y gris, y siempre usaba aquel bendito sobretodo. Hacía tiempo había perdido su rumbo por Tammerlane, pero todavía le quedaba cierta coherencia como para administrar el dinero en su alimentación. Si bien su vida se había tornado extraña, relajante, y por eso había perdido el trabajo, la cordura y a sus seres queridos, aún tenía instinto de supervivencia.

Y viajaba arriba de aquel colectivo, con ese extraño joven en el asiento delantero que constantemente repetía una canción popular de fútbol.

Miró a su lado y alguien se sentó. Se aferró a su carpeta con esos papeles que siempre llevaba encima y que ni siquiera recordaba qué eran.

- Hay que matar a todos los hijos de puta. – le dijo pacíficamente a su acompañante. Y enseguida, éste lo tomó por loco.

- Cómo dice? – preguntó el señor.

- Porque no se puede vivir así! – se agitó - Usted sabe dónde me bajo?... Yo me bajo enseguida, señor!! – dijo con cierta euforia.

La gente del colectivo le clavó la mirada, todos menos el del asiento delantero, que seguía concentrado en aquella canción.

- Le pido que no grite. Nadie está hablando con usted. – dijo el pasajero tratando de poner coherencia en alguien que la había perdido vaya uno a saber por qué.

- No me diga lo que tengo que hacer!! Dígaselo a los políticos! A esos hijos de puta y a toda la gente de la villa que sale a la calle y te roba!! Te roban hasta los botones del sobretodo! – y se puso de pie, a la vez que el colectivo detenía su marcha. – Porque ahora me voy a la comisaría a denunciarlo! A denunciarlo a usted porque me está gritando, señor! Y a usted nadie lo invitó a sentarse al lado mío.

Un silencio.

De golpe, el loco fue sorprendido por la voz calma del chofer.

- Bajate acá, amigo.

Y lo entendió: una vez más había arruinado todo, como tantas otras veces encerrado en aquel círculo vicioso, que lo mantenía demente las 24 horas del día, sin poder retomar el camino.

Bajó la cabeza con vergüenza, aferró su carpeta al pecho, y descendió del transporte. Afuera llovía demasiado. Dio unos saltitos a los escalones y aterrizó en la vereda, justamente bajo un buen árbol amigo que con su copa lo miraba y lo cubría desde lo alto.

Y sonrió a la nada, con su carpeta aferrada a su pecho.

Hizo un bollo al papel.

Caminó a un lado, a otro. Analizó cada punto de la historia relatada.

El primer loco era el mismo de la segunda narración? Qué tenía que ver uno con otro si es que eran personas distintas? Por qué aquellos relatos?... Qué era aquel lugar denominado Tammerlane?

Llevó sus manos a un bolsillo, y de golpe se supo fumador cuando descubrió un atado de cigarrillos. Encendió uno, en el mismo momento que otro papel aterrizaba en sus pies.

- Cuando era chico, mi mamá me llevó a una granja. Fuimos los dos solos, porque yo era único hijo y mi papá había muerto de cáncer...

Se frotó el rostro transpirado, se corrió los pelos de la vista, y se pasó la lengua por los labios resecaos y salados.

Alrededor suyo, penumbras creadas por un tenue farol apuntando a una de las paredes de aquel cuarto oculto en aquella desquiciada casa.

- Durante la estadía, mi mamá me hizo conocer los animales: el patito, el chanchito, el caballito. – y sonrió enfermizo. – Eran muy muy bonitos. Tan bonitos que quería llevármelos a todos a casa. La cuestión que nunca entrarían en mi bolsillo y obviamente no los podría meter de contrabando en mi cuarto... - pausa. – Entonces, llegó el momento de la vaca, la hermosa vaquita marrón con aquella inmensa teta rosada. Y mi mamá me dijo que me prepare, que iba a ver cómo era el proceso para que la carne nos llegue a la mesa.

La bella mujer amordazada y atada a la silla, comenzó a lloriquear. Sabía donde desencadenaría la historia. Por cierto, sabía demasiado de aquel loco, un demente asesino que se había convertido en mito destrozando cabezas a martillazos.

- No, no. No llores, bonita. Es al pedo. Ahora ya está. El tema es que tuve que verlo con mis propios ojitos... Sabés cuántos años tenía cuando mi mamá me paró delante de esa vaca donde un maldito campesino le reventó el cráneo de un mazazo?!... Sabés?! – evidentemente no podía responder. – Tenía tres años! Tres pequeñitos y chiquititos añitos... - y comenzó a elevar la voz. – Nadie estuvo ahí para hacerme a un lado, taparme los ojos y llevarme lejos de esa masacre! Nadie! Sólo yo, con la vaca muriendo con el cerebro reventado, similar a... una especie de pasta! Nadie me salvó de perder la maldita inocencia frente a esa escena!!

Y entre gritos, alaridos, más explicaciones y desesperación, comenzó a martillar cara y cabeza de su presa, una y otra y otra vez.

Cuando la tuvo muerta y deshecha ante sus ojos, respiró con ansias de retomar el aliento y volver a la realidad. Y allí estaba, otra muerte más, otra mujer asesinada bajo sus manos, bajo el mismo arma que le había robado la infancia.

- Esto es enfermizo! A quién se le ocurren estas cosas? – se preguntó.

Llegó hasta una pared, se sentó en el piso, y reposó su espalda contra ella mientras miraba la puerta de salida.

A su lado, había algunos papeles desparramados, más pequeños que el resto. No los vio caer.

Descubrió, pues, que no era el hombre correcto que creía, que no era el jefe perfecto, ni el marido ideal, ni el padre ameno. Todo eso

cuando abrió la caja fuerte de su casa, y descubrió en ella los celulares paralelos, las cuentas bancarias paralelas, la agenda paralela. Enseguida supo que tenía doble personalidad: un mujeriego y embaucador, un psicótico picaresco atrapado en el cuerpo de un hombre maravilloso.

Tenía 54 años, y se encontraba en su casa, parado frente a su madre muerta por causas naturales, con miedo de llamar a la ambulancia, con miedo que se la lleven, con miedo de quedar solo.

El momento había llegado, pero jamás se había dedicado a planear una estrategia: qué hacer cuando su madre, compañera de toda la vida, muriera y lo dejara solo?

Fue entonces que la nostalgia lo asesinó: recordó las tardes en que juntos salían de compras, las cenas, los desayunos, cuando ella lo arropaba, cuando lo mimaba.

Fue entonces que la soledad y el camino incierto y desconocido lo asesinó: qué sería de él en un Tammerlane lleno de gente mala, que podría herirlo, burlarse, despreciarlo?

Así que tomó una soga, hizo un nudo, la colgó del techo, y se la puso en el cuello.

Saltó del banco, y la inminente desaparición de aire reventó cada una de las arterias de su cerebro, e inyectó en sangre sus ojos de miserable desdichado, criado como un pobre tonto inútil.

- Vos te das cuenta de la cantidad de espermatozoides que mueren cuando acabás afuera?! – le gritó la mujer al hombre que había conocido hacía horas, y con el que había mantenido hacía instantes, relaciones sexuales.

La miró con extrañeza. Habían terminado de hacerlo, y él había eyaculado a un lado, cuando ella repentinamente se había convertido en una loca histérica que hablaba incoherencias.

- Qué decís?!

- Que me hubieses acabado adentro! O no hubieses acabado, estúpido! Porque si se sigue a este ritmo, estamos al borde de un Holocausto Espermático! – y se lanzó a él, y lo tumbó al piso del cuarto – Entre los jóvenes que se masturban, las prostitutas, la gente que tiene sexo por tener, y todo lo demás, millones y millones de espermatozoides, mueren día a día en Tammerlane.

- Estás... loca... - dijo pálido, boquiabierto, descubriendo que nadie es lo como parece.

Se puso de pie.

- Quiero salir de acá!!! – gritó al techo, a ese alguien que lo había puesto ahí dentro, con aquellos tormentosos recortes, aquellas postales de infinitos locos, de algún lugar en el Universo llamado Tammerlane.

Pero no obtuvo respuesta.

Se volvió a la puerta, corrió a ella y se lanzó para derribarla. Pero no pudo. Si bien la puerta parecía débil, era lo bastante fuerte como para contener a cientos de los de su clase.

Un nuevo papel cayó al piso. Y en el piso, otros tantos más que no había visto caer.

Por esa insistente curiosidad, tomó cierta cantidad, y los leyó.

Pero en ninguno hubo una respuesta.

Adolescente mata a su madre, asfixiándola con una cuerda de piano. Durante el crimen, el joven siente placer, se erecta y hasta se auto eyacula. La odiaba porque estaba embarazada de él mismo.

Lo tiró a un lado. Aberrante nota.

Continuó con la siguiente.

Habían confundido amor con relaciones y placeres sexuales, y para el quinto mes como pareja, ella y él se propusieron un cambio, un cambio que los lleve a gozar, a experimentar, y a estar por sobre la realidad de la carne y el placer. Para ello, habían hecho participar a mujeres, a hombres, y hasta un linyera.

Aquella noche, marido y mujer se frotaban en la cama, se besaban y tenían relaciones, junto a un niño de la calle, alquilado, durmiendo a su lado. A un costado del cuarto, una obesa en silla de ruedas se masturbaba con la escena por contrato.

De repente, él se detuvo.

- Y si la matamos?... También podemos matarlo a él, acostarlos juntos, y hacerlo encima de ellos.

Y la paralítica tragó saliva.

Repugnante, nefasto. Aquellas palabras eran obras de un maldito demente.

Cuando despertó por la mañana, y se encontró con un globo rojo atado a la manija de la puerta de su casa del lado de la calle, su vida cambió para siempre.

Fue así que Lidia se sumergió aún más en aquella terrible soledad, y en no comprender lo que realmente sucedía con su vida.

Sin embargo, el tiempo no fue bueno con ella, y no le importó devorar su cerebro, y atravesarla de miedos a los hechizos, al odio, a la gente que la espiaba, a aquel maldito que le había puesto un globo en la puerta, seguramente para asesinarla con magia oscura.

Un buen día, presa de agonía, de dudas, de locura, se suicidó pensando que estaba siendo inducida al suicidio, sin saber que ella misma había marcado el camino de la autodestrucción.

Incoherente, aterrador. Más y más locos. Gente miserable, gente con problemas de infancia, gente traumada, tratando de encontrar un camino en aquel lugar llamado Tammerlane, siempre encerrados en un círculos de infinitos finales atroces.

Y no pudo más. Soltó esa hoja y el resto que quedaba por leer, y se llevó las manos a la cabeza.

- Por Dios, qué es lo que está pasando? – se dijo desesperado.

Ya no aguantaba más el encierro, volviéndose loco por aquellos papeles que aparecían y desaparecían, por la soledad, por los miedos, y por lo poco favorable que parecía su destino.

- Me quiero ir!! – gritó, pero nadie le respondió. – Sáquenme de acá dentro!! Sáquenme!!!

Pero nada.

Agotado, caminó a un lado, y se tiró a llorar.

Una vez cansado de llorar, se dispuso a relajarse y esperar.

Horas después, el lugar estaba repleto de papeles, al punto que ya habían logrado una capa de diez centímetros de alto.

Se puso de pie, desorientado. Pateó algunos de ellos, revolvió algunos otros con los pies: eran trozos de papel de cuadernos, de hojas de agendas sin fechas, todos ellos rellenos con la misma letra de siempre por diferentes lapiceras, con distinta intensidad.

Terminó por creer que un sólo hombre era el culpable de su encierro, y que de alguna forma lo retenía en aquel lugar, rodeado de una especie de bocetos, argumentos de historias de algún lugar llamado Tammerlane.

Llegó hasta la puerta y trató de vencer la manija.

Nada. Siempre cerrada.

Revisó algunos papeles más, todos con historias de locos, y más locos, y más incoherencias.

Encendió un cigarrillo, fumó y hasta trató de quemarlos, pero no pudo.

“Comerse la piel de la punta de los dedos? Algunos suponen que es muy tonto, otros suponen que es una manía. Un famoso psicólogo dice que es un tic. Prefiero decir que es una costumbre, más allá también dicen que deforma la punta de los dedos. Para nada. Los dedos no se deforman, por lo menos en mi caso. Ni tampoco me causa dolor ni nada por el estilo. Nací con la práctica de hacerlo de tal manera, que en mis manos todo queda parejo. Me gusta la prolijidad. Y la prolijidad acarrea su rutina y el estar siempre atento, encima de todos y por sobre todos, manteniendo todo a la perfección. Los nervios que la prolijidad provocan, pueden ser, pues, el motivo final por el que me como la piel de la punta de los dedos... Finalmente, puede ser el motivo de mis nervios por el orden, y por el creo no entenderme con los demás. Ahora, si hay alguien que desafíe mis valores de limpieza, los elimino. No sirven. Sin embargo, acá me ven, encerrado en una celda, paradójicamente detenido por haber matado a un desprolijo, y por comportarme como un estúpido desprolijo que olvidó cierto detalle que me va a carcomer la piel de la punta de los dedos toda la vida: llené toda la escena del crimen con mis malditas huellas digitales, por olvidarme los malditos guantes de goma.”

Sonrió. Le pareció el monólogo de aquel otro loco.

Se puso de pie acabando el cigarrillo.

- Son bocetos, son argumentos, son cuentos. Son historias de Tammerlane. – terminó por comprender.

Y comenzó a usar la lógica, la matemática. Empezó a fundirse en esa realidad que estaba viviendo, y repentinamente se encontró teorizando sobre el demente que lo había dejado allí dentro, a la espera de convertirlo en eso mismo: un loco más.

Fue cuando se miró las manos, cuando se tocó el rostro, cuando respiró el aire del lugar, cuando se miró a los pies y a su alrededor, que se sintió no

más que eso: otra hoja de papel, otro argumento más, depositado allí dentro, conviviendo alocadamente con aquellos otros locos que también lo observarían desde otros cuartos y se estarían preguntando quién era.

Se puso de pie, de pie entre ellos, con la realidad tomando una forma un poco más clara. No era tan difícil después de todo.

Allí estaba, dentro de un cerebro, junto a una gran bola de personajes que caían de la nada, quizás de la vida cotidiana de un narrador.

Miró al loco del martillo, al de los dedos, a la del globo, al del colectivo, y a tantos otros que aparecían o desaparecían.

Y más allá de todo, se sintió cansado, se sintió molesto. Era injusto vivir dentro de esa maldita realidad paralela, con una persona dueña de su vida y de los caminos que tuviera que atravesar.

Y pensó en rebelarse de alguna forma, destruir el lugar, matar al escritor.

Rato después, el narrador fue lo suficientemente despierto como para llamarlo a tiempo, hacerlo desaparecer del cuarto y ubicarlo en un nuevo cuento de Tammerlane, un loco más.

Finalmente, tras su desaparición o la apertura de la puerta, el personaje tomó forma y pasó a completar algunas de las tantas hojas perdidas en aquel cuarto, escondido a unas cuadras de alguna parte de este Pueblo.

FIN